

Omraam Mikhaël Aïvanhov

Armonía y salud



Colección Izvor

Nr. 225

EDICIONES



PROSVETA

III

ARMONÍA Y SALUD

Al querer vivir libres e independientes del Señor, los humanos se oponen a su voluntad y a sus proyectos repitiendo el pecado de Lucifer y de los primeros hombres.¹ Este deseo de liberarse, de ser anárquico, de rebelarse contra las órdenes del Eterno, es el origen de todas las desgracias de la humanidad. Hay que comprender bien esto. Es muy sencillo, muy claro, e incluso puede resumirse en una sola frase: cuando los hombres quisieron cortar el vínculo que les unía a la armonía celestial, todas las desgracias empezaron a desencadenarse sobre ellos. Y aún puede empeorar, ya que se están alejando cada vez más de la Fuente, cada vez son más anárquicos y no respetan nada. Todo está tomando proporciones terroríficas. Todo, incluyendo la religión y las enseñanzas espiritualistas, está contaminado por estos gérmenes de anarquía, y pueden esperarse acontecimientos catastróficos: guerras, enfermedades...

Es necesario que sepáis que cuanto más se ins-

tala en el mundo el espíritu de anarquía, más se propaga el cáncer. Cada enfermedad orgánica se origina en una debilidad o en un vicio del propio individuo, y son los seres humanos los que originan la mayoría de sus enfermedades. Al aumentar el nerviosismo, aparece una enfermedad... Si aumenta la sensualidad, surge otro tipo de enfermedad. En el caso de aumentar la disonancia, se trata de una tercera enfermedad. Todas las enfermedades son consecuencia de un determinado desorden, y el cáncer es, en particular, consecuencia de la anarquía. Así pues, como precaución, hay que trabajar la armonía, pensar cada día en ella, armonizarse con la humanidad entera, con el universo entero. Por supuesto no seremos capaces de vivir continuamente en esta armonía perfecta, pero es necesario estar siempre conscientes, vigilantes, saber recuperarse para no mantener por mucho tiempo un estado de disonancia en nuestro interior, ya que este estado se propaga por nuestras células, y el organismo tiene cada vez más dificultad en oponerse al desorden creado de esta manera en su interior.

Cada órgano de nuestro cuerpo, por supuesto, está especializado y sólo se ocupa de ejecutar su trabajo, sin interesarse en lo que hacen los demás. No se le puede pedir a un órgano que se preocupe por el conjunto corporal. Así pues, para que la armonía y el bien del conjunto sean respetados, el Espíritu cósmico ha colocado en el ser humano

una inteligencia superior que vigila, que controla. Gracias a esta inteligencia se regulan los movimientos de cada órgano, se regula y dirige su especialización, en vistas al buen funcionamiento del conjunto.

El ser humano se encuentra, en cierta manera, situado como un árbitro entre sus órganos y esta inteligencia que ha recibido del Cielo, y si da preferencia a ciertos órganos como el vientre y el sexo, por ejemplo, olvidando el interés del conjunto, la anarquía se instala en él y se marchita. Pero si da prioridad a esta inteligencia que controla, que equilibra, experimentará un estado de armonía que le hará capaz de trabajar y de crear sin descanso.

Desgraciadamente, en la actualidad vemos propagarse por todas partes cierta tendencia a la anarquía. Se diría que se están abriendo escuelas donde prácticamente se enseña la manera de desorganizarlo todo, incitando a los hombres a la cólera y a la rebeldía. En vez de propagar virus para desencadenar una guerra biológica – lo que atraería hacia ellos los reproches del mundo entero – ciertos países, para destruir a sus adversarios, propagan el virus del descontento y de la revuelta. ¡Éste es el verdadero cáncer! De manera inconsciente, todos los contestatarios y anarquistas, llegan a ser portadores de este virus. Por el contrario, todos los movimientos espiritualistas, todas las órdenes iniciáticas que trabajan para conseguir que reine la paz, la armonía,

la fraternidad, para que los hombres lleguen a comprenderse, a unirse y a amarse, propagan gérmenes que destruyen el germen del cáncer. Si estos centros iniciáticos no existieran, la humanidad entera estaría contaminada desde hace mucho tiempo. Sé muy bien que muy poca gente aceptará esta idea. Dirán: «Pero, ¿qué nos está contando? No existe ninguna relación entre la anarquía y el cáncer; ésta no es la opinión de los biólogos.» Pues bien, ¡qué se queden con la opinión de los biólogos! Yo os lo digo: el cáncer es la consecuencia de la anarquía que se propaga en el mundo. Ésta es la verdad, y por esta razón debemos trabajar sin cesar, trabajar para restablecer la armonía.

Desgraciadamente, si se compara con la inmensidad de aquellos que trabajan para la destrucción y apilan montañas de dificultades y oscuridades, apenas encontraremos un puñado de seres que comprenden que es necesario unirse para crear la armonía y frenar todas las desgracias que amenazan a la humanidad: guerras, miserias y también enfermedades... Y estos pocos seres, no son capaces de luchar contra la influencia nociva de los demás. Ya que para realizar cualquier cosa en la tierra, la cantidad es una cuestión muy importante: la cantidad de los que son buenos, puros, iluminados, capaces de participar en la formación de la fraternidad universal, cuyas decisiones tendrán un peso en las balanzas cósmicas. En lugar de comprender y de

unirse para transformarlo todo, en lugar de participar en esta obra formidable, la mayoría de seres humanos permanecen encerrados en su individualismo, ocupados únicamente en sus propios intereses.

Un verdadero espiritualista, por el contrario, trabaja por una idea divina, y es precisamente esta idea la que lo sostiene y recompensa. Esta idea, que está unida al Cielo, ya constituye todo un mundo, encargándose de proporcionarle alegría, entusiasmo y esperanza. Si no tenéis una idea divina por la que trabajar, no tendréis alegría ni felicidad aunque vuestras otras actividades os proporcionen mucho dinero, porque no estaréis unidos al Cielo. Pero si trabajáis por una idea, incluso sin que os den las gracias, sin que se reconozca lo que hacéis, os sentiréis siempre colmados. Debéis comprender esto. Introducid una idea divina en vuestra cabeza, trabajad por una idea divina, y veréis lo que esta idea hará por vosotros: llegará a mejorar toda vuestra existencia, e incluso prolongará vuestra vida...

Así pues, intentad comprender la fuerza y la eficacia de una idea, cómo trabaja, y hasta qué punto está viva... No existe nada más estimulante ni más apasionante que una idea divina. ¡Creedme! Os hablo de lo que he comprobado en mí mismo. Todo lo que os digo, lo extraigo de mis propias experiencias.

Los que trabajan por una idea son seres muy fuertes, muy poderosos, muy estables, y el Cielo cuenta con ellos. En cuanto a los demás, van a

deambular un día aquí, otro día allá, y en verdad nunca comprenden nada. Nuestra enseñanza es una enseñanza divina y debemos trabajar para ella, para que se propague la idea del Reino de Dios sobre la tierra, la idea de la armonía y del amor. En este momento, incluso vuestras enfermedades desaparecerán. Sí, y os diría además que si realmente existen en la tierra verdaderos médicos y sanadores, éstos son los Iniciados, ya que llegan hasta la causa primera de la enfermedad. Los demás sólo intervienen cuando ya es demasiado tarde. Hay que conseguir que la gente se cuide antes de enfermar. En el preciso momento en que la disonancia, – es decir el odio, la murmuración, la maldad, la envidia, la rebeldía – empieza a penetrar en su interior, se instala la enfermedad. Ya que la enfermedad no es nada más que desorden. Y cuando un desorden encuentra otro desorden, ¿qué queréis? ¡Hacen buenas migas! Mientras que si vuestro interior es armónico, el desorden no puede penetrar, la armonía se lo impide. Se trata de leyes muy importantes que es necesario conocer.

¡Cuántas cosas realizáis en un estado inarmónico! Besáis a vuestra mujer, a vuestros hijos o a vuestros amigos cuando estáis tristes, turbados o irritados. Y realizáis los trabajos más importantes también en desorden; a causa de esto sufrís muchos fracasos.

Cada mañana, al despertaros, debéis empezar el

día sintonizándoos con el mundo de la armonía universal. Únicamente a continuación podréis preparar el desayuno, besar a vuestros hijos, vestirlos, hablarles o ir al trabajo. Cuando entráis en una casa, vuestro primer pensamiento debe ser: «¡Que la armonía y la paz reinen en esta casa!» Pero, ¿cuánta gente piensa de esta manera? Nada más entrar, ya ponen la discordia entre el marido y la mujer, entre los padres y los hijos, etc... Y cuando vamos por la calle, por las tiendas, por todas partes, incluso en las escuelas, vemos únicamente gente que vive en un estado inarmónico y que se enferma mutuamente.

Por otra parte, muchos se imaginan que al estar siempre en contra, en desacuerdo, están afirmando su inteligencia, su autoridad... se sienten orgullosos de haber conseguido turbar la atmósfera, lo que constituye para ellos una prueba de poder. Pues bien, no es así; es muy fácil destruir la armonía, puede decirse que es la cosa más fácil: decid una palabra hiriente, lanzad una mirada torva, realizad un gesto amenazador, romped un objeto y ¡ya está! Pero para restablecer la armonía es necesaria toda una ciencia, y ¡cuánto trabajo!

Las leyes de la armonía son las leyes más valiosas que existen en el mundo. Así pues, reflexionad, meditaad, mirad en qué estado actuáis y comprended por qué no obtenéis buenos resultados en ciertos casos. Incluso cuando queréis hacer el bien, si no vivís un estado armónico, este bien no encuentra

condiciones favorables para manifestarse e incluso podéis perturbar algo allí, en el mundo invisible. No hay que hacer nunca nada en estado inarmónico y en especial la concepción de los hijos.² ¡Que los padres presten atención! Si no se unen en un estado de armonía para concebir un hijo, el infierno se infiltra en este niño en forma de enfermedades, de taras, y luego, tendrán toda la vida para arrepentirse. Consagramos días y meses a otras actividades, pero no dedicamos ni un minuto a la armonía: no se comprende qué interés puede tener.

Ahora bien, la armonía es la mejor arma contra la enfermedad. Si estáis enfermos es porque alimentáis algún desorden en vuestro interior, habéis alimentado ciertos pensamientos, ciertos sentimientos, ciertas actitudes y todo esto se refleja en vuestra salud. ¿Y por qué en tal órgano y no en tal otro? Porque está matemáticamente calculado según las leyes que habéis transgredido. Ahora bien, si queréis curaros, debéis pensar en la armonía: día y noche ajustaros, sincronizaros, estar de acuerdo, en consonancia con la vida entera, la vida ilimitada, la vida cósmica. En esto consiste la verdadera armonía. Armonizarse con algunas personas: con la propia mujer, los hijos, los padres, los vecinos, los amigos, aún no es suficiente. Debemos sintonizarnos con toda la vida universal. Por desgracia, mucha gente se sintoniza con personas totalmente mediocres, que no están en armonía con la vida universal, y poco a poco, se

infiltra, se instala en ellos esta disonancia, hasta el día en que aparece la enfermedad.³

Debéis saber que, al deciros esto, me lo digo a mí mismo; no penséis que yo quiero excluirme de este asunto. Si me ocurre algo, si tengo un dolor en alguna parte, me digo: «Amigo mío, ¿lo ves? esto indica que aún no has llegado a obtener esta armonía de la que hablas. ¡Va, ponte a trabajar!» Pues sé que lo que digo me concierne a mí también. Diréis: «Entonces esto prueba que no está tan avanzado, tan evolucionado.» No tanto, no tanto, es verdad, pero la diferencia entre muchos otros y yo reside en que yo me he dado cuenta de la importancia de la armonía, y los otros todavía no. Ciertamente, todavía tengo que limpiar, purificar, transformar, sublimar, vivificar, resucitar en mí, muchas cosas. ¡No pretendo haber llegado perfecto a esta tierra!... Incluso los Iniciados nacen con taras y defectos. En el momento de reencarnarse, únicamente pueden encontrar familias que les transmiten una herencia de imperfecciones y enfermedades. ¡Ah! sí, pero entonces ellos ingieren bocados dobles, triples y céntuplos para acelerar el proceso: la limpieza, la purificación, etc... Por esto realizan esta armonía mucho más deprisa que los demás. Esto es todo. No creáis que cuando los Iniciados llegan a la tierra, todo en su interior es absolutamente puro, armonioso y divino. ¡Ni hablar! Conozco muy bien la realidad. Pero la cuestión es la siguiente: No hay

que justificarse nunca diciendo que se ha heredado tal o cual defecto de sus padres. Decid únicamente: «Si yo hubiera merecido algo mejor, habría ido a reencarnarme en una familia mejor. No son pues mis padres los que han fallado, soy yo. Ahora debo arreglarlo, limpiarlo y purificarlo todo.» Y al cabo de un tiempo estáis rejuvenecidos, sois luminosos, radiantes... Pero hay que ser decidido, consciente, hay que tomarse las cosas en serio.

Os será fácil saber si habéis conseguido o no armonizaros; todo vuestro ser os lo dirá. Cuando todas vuestras células vibren al unísono no podréis dejar de daros cuenta. Si podéis beber cuando tenéis sed, no necesitáis de nadie que os diga que ya os habéis refrescado. De la misma manera, si habéis conseguido obtener este estado de armonía, no tendréis necesidad de que os lo digan: sentiréis que, de todas partes, fuerzas formidables afluyen a vosotros, que vuestras auras vibran, que os habéis regenerado. Y si por el contrario vivís en el desorden, en el caos, no necesitaréis que os digan en qué lastimoso estado os encontráis, ya lo sabréis, y suponiendo que en este momento alguien os dirija un cumplido, en el fondo os sentiréis tan avergonzados que no sabréis dónde meteros.

Como podéis ver, el mundo invisible quiere instruirnos a través de nuestra propia experiencia, y todos estamos obligados a hacerlo. Pero los seres humanos no comprenden este lenguaje y no sacan

ninguna conclusión. Así pues, el verdadero trabajo lo constituyen estas experiencias sobre las que es necesario detenerse y sacar conclusiones, con el fin de poder avanzar mucho más en el camino de la espiritualidad. Pero fijaos, durante toda la vida se repiten las mismas desgraciadas experiencias y no se hace nada para mejorar la situación. Sufrimos, y aunque no nos vanagloriamos de ello, ya estamos habituados a todos estos desórdenes y no reaccionamos, vamos pasando, ¡Ah, no!, hay que comprender rápidamente que debemos salir de esta situación. Y para hacerlo, es necesario meditar sobre la armonía, esperar, desear, amar la armonía, introducirla en todas partes, en cada movimiento, en cada palabra, en cada mirada. ¿Por qué resulta tan difícil?

Incluso con una enseñanza como la nuestra, que puede unir en esta luminosa comprensión cada ser, cada alma y cada corazón, muchos no están aún lo suficientemente preparados para comprender estas verdades. Prefieren abrirse a todos los fluidos de la anarquía que se está propagando, en lugar de trabajar en la armonía universal. Por esta razón no puedo sentirme feliz. No se trata de mí, por supuesto, porque yo he realizado ya esta armonía. Pero mi felicidad no es completa, porque mi verdadera felicidad tiene como meta vuestra felicidad y la de todos los hombres. Si se tratara solamente de realizar el trabajo de armonizarse con la Divinidad, sería absolutamente feliz, viviría en la plenitud. Pero mi

cometido no acaba aquí. Mi trabajo no consiste en ser como muchos religiosos, cuya única finalidad es salvar su alma. Debo consagrar todos los esfuerzos en conseguir que los demás puedan realizar lo que yo he conseguido realizar en mí. Pero no lo consigo. Intento atraerlos, arrastrarlos, pero no me comprenden, no me siguen. Por esta razón no puedo sentirme feliz. No se me ha encomendado la tarea de ser feliz, sino la de conseguir que todos los seres humanos participen de esta felicidad.

Si os tomarais la molestia de comprender y de profundizar en estas verdades, llegaríais a tener los mismos conceptos, la misma luz, la misma plenitud, y a partir de ese momento yo sería apoyado, sería ayudado y todos juntos podríamos conmover la tierra entera, hacer el bien al mundo entero. Pero son muchos los que no consiguen seguirme, no quieren comprenderme, me doy cuenta; tienen en su mente toda clase de asuntos que se oponen a lo que os explico. Éste es el origen de mi pena y de mi tristeza ¿me comprendéis? No se trata de mí. En lo que a mí respecta yo he resuelto muchos problemas. Pero mi trabajo no consiste en ser feliz yo sólo, cumpliendo la voluntad del Cielo, sino en arrastraros también a vosotros en la misma dirección en la que yo voy.

Así pues, a partir de ahora, en lugar de perder el tiempo pensando en toda clase de cosas: vuestras distracciones, vuestras intrigas, vuestras romances, pensad en la armonía, en realizar la armonía en todo

vuestro ser, para que todas vuestras células vibren el unísono. Tomad como ejemplo una orquesta. Todo el mundo ha oído una orquesta, todos saben que si un solo ejecutante desafina, destruye la armonía del conjunto. Pues bien, con el cuerpo físico, con el ser entero, se produce exactamente el mismo fenómeno, porque los órganos son como instrumentos que deben ejecutar juntos una partitura. Intentad leer cuando tengáis migraña, cólicos o dolor de muelas... no comprendéis nada porque esta disonancia que hay en vuestro interior os lo impide. Es necesario que todo se apacigüe y se calme para que comprendáis.

¡Cuántas cosas de nuestra vida cotidiana están ahí, precisamente para hacernos comprender la importancia de la armonía! Ya sea una orquesta, una coral, un ballet e incluso un desfile militar, todo el mundo debe armonizarse. En la naturaleza, y en la vida, todo se encuentra ahí para instruirnos sobre lo que está ordenado, lo que es armonioso y estético; pero el hombre en su interior continúa viviendo en pleno desorden y cacofonía... ¡Ah! ¡No me habléis de los humanos! No quieren armonizarse nunca con las leyes del universo. Son los únicos que no están en armonía. Los animales, los insectos, las plantas se encuentran en armonía, y también los espíritus de la naturaleza, los ángeles... Todos, excepto los humanos. Sí, son anárquicos...

Así pues, despreocupaos de todo para no pensar

más que en este orden que Dios creó al principio del mundo, para restablecer en vosotros esta armonía primordial. Cada día, durante algunos minutos, enviad vuestro amor a todos los seres luminosos que pueblan el universo. Decidles: «Os amo, me sintonizo con vosotros, quisiera vivir eternamente en vuestra armonía.» Poco a poco, esta armonía os irá invadiendo, aportándoos luz, alegría, y entonces os sentiréis tan fuertes y robustos que ni siquiera tendréis miedo a la muerte. Sí, gracias a la armonía llegaréis a vencer la muerte.

La cuestión es que para atraer la armonía, para construirla, es necesario por supuesto amarla. En tanto no la améis, no tendréis necesidad de ella, no la atraeréis. Sin embargo, siento que ya empezáis a amarla... y que hacéis sinceros esfuerzos para crear esta armonía en vuestro interior y a vuestro alrededor, continuad así, y algún día sentiréis todas las transformaciones que se realizan en el mundo entero a causa de nuestro trabajo: en todas partes, gracias a nuestra existencia aquí, estamos saneando la atmósfera de la tierra, estamos inspirando a gran cantidad de personas que quieren escapar del desorden en el que está sumergido el mundo actual. Sí, al vivir en esta armonía enviamos a toda la tierra e incluso a las estrellas, fluidos, ondas y fuerzas de tal poder y esplendor, que tarde o temprano toda la humanidad se verá obligada a mejorar, a transformarse, a vivir en el bienestar y en la paz.

Notas

1. *El árbol de la ciencia del bien y del mal*, Col. Izvor n° 210, cap. I: «Los dos árboles del Paraíso».
2. *La galvanoplastia espiritual y el futuro de la humanidad*, Col. Izvor n° 214, cap. VIII: «La esencia solar de la energía sexual», y cap. IX: «La concepción de los hijos».
3. *El hombre en el organismo cósmico*, Fascículo n° 4.